Sin tregua se suceden los combates,
Sangrientas se presentan las batallas,
Cruje el cañón y silban las metrallas.....
Y ni un momento pierden su valor.
Arrostran el cansancio, las fatigas,
Carecen de pertrechos, de sustento,
El amor de la patria es su alimento,
Su ambición derrocar al opresor.

Mas llega un día de esplendente gloria,
Un día de recuerdos inmortales,
Que grabará la historia en sus anales,
Y del mundo será la admiración.
El ínclito guerrero de la Francia
Es siempre vencedor, nunca vencido,
Al pueblo mexicano se ha rendido
Que es él en esta vez el vencedor.

Coronó la victoria sus esfuerzos,
La lucha desigual ha terminado,
El honor nacional está salvado
Y México radiante de esplendor.
Hoy ante el mundo se presenta grande,
Admirada de todas las naciones,
Que inclinan con respeto sus pendones,
Tributando un laurel al vencedor.

¡Héroes ilustres de mi patria hermosa!
Dignos hijos de Allende y Abasolo,

La fama llevará de polo á polo
Vuestro esforzado, singular valor.
Levantad con orgullo vuestras frentes,
Que los manes de Hidalgo y de Morelos,
Velando por vosotros en los cielos,
Os envían su santa bendición.

CAPITULO XXVIII.

EL 16 DE SETIEMBRE.

EL 16 de Setiembre hizo de orador oficial el Sr. Lic. Gabriel Aznar, y pronunció la oración patriótica siguiente:

> Y un día, después de cinco años de humo, de polvo y de ceguedad, la nube se ha disipado, y entonces se han visto dos imperios caidos en tierra. Nada de monarquía, nada de ejércitos; nada más que la enormidad de la usurpación en ruina, y sobre este horroroso derrumbamiento, un hombre en pie: Juárez; y al lado de ese hombre la libertad.—VICTOR HUGO.

Hidalgo inmortal! tú que alentado por tu generoso corazón y sin más apoyo que el mágico nombre de libertad, hiciste brotar allá en el modesto pueblo de Dolores la ardiente lava que arrolló hasta sus cimientos las bases del gobierno colonial!..... tú, que después de conquistar con este solo hecho la incomparable gloria de libertador de un pueblo esclavizado, viste á ese mismo pueblo solícito y ebrio de entusiasmo en derredor de tu gloriosa enseña, y guiado por ésta, marcar una carrera heróica desde

Dolores hasta México, desde México hasta el puente de Calderón!..... tú, que participando de la suerte fatal, á menudo asignada en el mundo á los hombres de virtudes extraordinarias, rendiste la vida en un cadalso erigido por los tiranos de la patria!..... en tu triple aureola de héroe, de libertador y de Mártir, yo te saludo! Noble Morelos, indomable Guerrero, esforzado Iturbide, y vosotros todos héroes innumerables que siguiendo la senda por Hidalgo marcada, nos legasteis patria y libertad, también salud! Contempladnos aquí reunidos para celebrar el aniversario de vuestras glorias imperecederas en este día, el más solemne de los que hemos contado desde que somos libres é independientes; en este día, en que cual nunca sentimos dilatado el corazón al encontrarnos en torno de nuestra invicta águila republicana, ausente de nosotros los tres últimos años: fatigada está con la lucha á que la provocaron los grifos del Archiduque Maximiliano de Austria y el águila rapaz de Napoleón III; aún vierten sangre preciosa las profundas heridas que le hicieron;..... victoriosa, empero, en la lucha, ocupa hoy, erguida como siempre, y llena de un justo orgullo, el puesto que le fuera usurpado: desde él vuelve agradecida los ojos á esos valientes patriotas que con energía indomable, la escudaron y la salvaron de la infamia y de la usurpación. Zaragoza, Juárez, Díaz, Escobedo, nombres benditos son que se confunden ya con los vuestros en las eternas páginas de la historia; la solemne impresión de sus recientes hazañas y de los hechos que las motivaron, debe sin duda haberos hecho extremecer de indignación contra los unos, de placer por las otras, en

vuestros lechos de gloria: en mi cerebro hacen nacer tumultuarias reflexiones, cuya expresión forma la ofrenda, que á nombre del pueblo de Mérida, vengo hoy á depositar en el altar de la Patria. A todas os evoco á aceptarla, sombras venerandas de nuestros padres!..... es humilde en su expresión, sincera en su esencia, inapreciable en su origen.

Compatriotas: muy pronto contaremos seis años desde la fecha en que tres naciones de la vieja Europa, ó para mejor explicarnos, tres gobiernos, pues en los países en que el pueblo está subyugado, estas palabras no son sinónimas, en que tres gobiernos, decimos, acostumbrados como están en el viejo mundo á no usar con los débiles otro lenguaje que el de la fuerza, se pusieron de acuerdo pára ocupar nuestro territorio; y luego que habían usurpado nuestra primera población, nos dijeron en un manifiesto «que venían á tender una mano amiga á un pueblo, al cual contemplaban agotando sus fuerzas y su vitalidad, al violento impulso de sus constantes discordias intestinas..... que la fe de los tratados, violada por los diversos gobiernos que se habían sucedido entre nosotros, y la seguridad individual de sus compatriotas, constantemente amenazada, habían hecho indispensable aquella expedición.» En verdad que no sin razón se agolpó la sangre á los corazones de los mexicanos, al contemplar que en términos buenos para usados con un pueblo de antropófagos, se reclamaban de su gobierno garantías para los extranjeros, y se le echaban en cara sus revoluciones intestinas. Oir ésto, nosotros que hasta aquí hemos lamentado que los extranjeros todos que vi-

ven en nuestro suelo, en virtud de los privilegios de que de hecho y de derecho han gozado, se hubiesen mantenido casi siempre á cubierto de las tempestades políticas, en medio de las cuales hemos nosotros venido navegando tan trabajosamente!..... Y decimos esto, no por falta de generosidad, sino porque aparte de que solo sería rigurosa justicia, que los que más que nosotros explotan la riqueza de nuestro país, participasen por igual de nuestras desgracias, la generalidad de esos advenedizos, que llegan desnudos á nuestras playas, que reciben de nosotros la más cordial hospitalidad y que se hacen ricos en nuestro suelo, son los más fervientes enemigos del país que los abriga, y enseñan á sus hijos á despreciarlo: los enseñan á tener como su patria, la que en realidad no lo es y de la cual ellos mismos, no viéndola sino á través de la distancia de lugar y de tiempo, se han olvidado que la dejaron, porque en ella no cabían, porque en ella no podían vivir!..... Es justo, no obstante, recordar que hay excepciones muy honrosas de extranjeros dignos, que comprendiendo perfectamente su situación no han usado de sus privilegios, sino en pro de su patria adoptiva; pero repetimos, que desgraciadamente éstos son los menos, equellos los más. Y lo de echársenos en cara nuestras revoluciones intestinas?..... pues qué ¿no han tenido esas revoluciones títulos innegables ante el mundo político y social?..... Después de una guerra de solos once años, levantaron, sin la ayuda de nadie, (esto no nos debe enorgullecer, de nadie!) una nueva nación que se presentó simbolizada en nuestro hermoso pabellón tricolor, de entonces acá cubierto

de tantas glorias..... Tres años después de consumada la independencia, iniciaron la grande obra de abolir en nuestro suelo la esclavitud, de tal suerte, que á los cinco años, en 1829, todos eran libres en el territorio mexicano. Luégo han venido luchando sin trégua por abolir los fueros y privilegios y establecer la santa igualdad; y en 1861, precisamente la época en que se formó la triple alianza, acababa de coronar la obra, el triunfo más completo; sí, el triunfo más completo, pues no debe hacerse mérito, por su número insignificante, de un puñado de hombres tenaces, que continuaban haciendo la guerra, guarecidos en las montañas: hombres como muy bien ha dicho un escritor recientemente, tan incapaces de ser gobernados como de gobernar.

Pero lo más gracioso de todo, fué ese cinismo de los gobiernos de Inglaterra, Francia y España, mostrándose escandalizados de nuestras discordias intestinas: ellos, que en mas de una dilatada revolución que no han podido evitar ni contener, han sido testigos en sus respectivos países de los ultrajes inferidos á los más inviolables principios de humanidad, y que después de tantos siglos de existencia política, aún no han llegado á la mitad del camino que México ha hecho en medio siglo..... todavía el gobierno británico ve perecer de hambre y de frío un número considerable de sus hijos en presencia de una nobleza opulenta y orgullosa, y mantiene en opresión á esa pobre Irlanda, ahogando en sangre los esfuerzos que hace por reconquistar su libertad: todavía Napoleón III se mantiene en el trono de que traidoramente se apoderó: él, que elegido Jefe de un pueblo li-

bre, derramó á torrentes la sangre de ese pueblo para cimentar su despotismo: todavía el gobierno español, creyéndose en el siglo de Hernán Cortés y Moctezuma, emprendió no ha mucho la gigantesca y sangrienta empresa de sofuzgar la nación indepediente de Santo Domingo: está regido hoy por un hombre del tiempo del oscurantismo, que queriendo gobernar por el terror, ha sembrado su patria de cadalsos, lanzando allende los mares á los hombres ilustrados y generosos que escapan del hacha del verdugo, y en méngua del mundo americano, mantiene á esa desgraciada Isla de Cuba en la más repugnante esclavitud. No obstante todos estos hechos innegables y notorios, poco ó nada se curaron de ellos los gobiernos de Europa; y no recordando más que sus fuerzas y nuestra debilidad, lanzáronse á las vías de hecho y procedieron de la manera que hemos recordado.

El Presidente Juárez, queriendo en cuanto fuese posible, sin menoscabo de la honra nacional, evitarle al país una guerra extranjera, que preveía cuán desastrosa había de sér, entró en tratados con las potencias aliadas por medio del C. Manuel Doblado, á quien nombró comisionado al efecto. Este ilustre demócrata, cuya pérdida como la de tantos otros tenemos hay que lamentar, dejó en esta ocasión bastante bien puesto su nombre y el nuestro, por su notable habilidad diplomática, al mismo tiempo que por su noble caballerosidad, ámbas cosas patentizadas en los preliminales de la Soledad. El primer artículo de estos tratados, que se han hecho célebres en el mundo, fué un reconocimiento expreso por parte de las potencias aliadas, de que el Gobierno que regía los des-

tinos de México era legítimo, y tenía el poder y los elementos suficientes para sofocar, sin el apoyo que *generosamente* le brindaban los aliados, cualquier revuelta interior: sobre esta base, otros artículos estipularon que para librar á las tropas aliadas del clima mortífero de la costa en que se encontraban, avanzarían á la zona templada del país, salvando las fortificaciones mexicanas que se hallaban interpuestas, mientras duraban las conferencias de Orizaba; pero con la precisa condición, que debiera suponerse, sin expresarla, tratando con gentes de mediana dignidad, de que volverían á reconocer sus posiciones en caso de no tener éxito las conferencias. En consecuencia de estos tratados, verdadera y neta retractación del injurioso manifiesto expedido en Veracruz, las fuerzas de la triple alianza, que habían venido á hacernos reclamaciones como se hacen á los bárbaros, que habían ya usurpado la primera población de nuestro suelo, se obligan á entenderse con México de potencia á potencia, y saludan á nuestro pabellón que de nuevo se enarbola en Veracruz. He aquí el primer magnífico triunfo de la República; triunfo del derecho sobre la fuerza, de la justicia sobre la iniquidad. Todos sabeis que las conferencias de Orizaba no tuvieron efecto, y por lo tanto, que las fuerzas aliadas, en virtud de los preliminares de la Soledad, debían volverse al otro lado de las fortificaciones mexicanas, que caballerosamente se les había permitido salvar. Los hábiles representantes del Gobierno Británico y el noble y digno Gral. Prim, representante de la reina de España, volviéronse atrás, no solo de las posiciones que temporalmente ocupaban, en virtud de los tratados de la Soledad,

sino también de la menguada empresa que habían acometido en unión de Napoleón III. Habíanse persuadido de la verdad de los hechos que reconocieron en los tratados de la Soledad; habíanse detenido á reflexionar que el Gobierno Republicano Federal, legítimo representante del pueblo de México, triunfante entónces como lo está hoy felizmente en todo el ámbito de la Nación, no tenía que avergonzarse de una sola acción baja ó indigna de un pueblo noble y generoso. Porque en efecto: se trata de una tropelía contra la inviolabilidad de la legación Británica.....? El reo fué Miramón, Jefe del partido reaccionario. Se trata de la muerte tenebrosa de ilustres hombres públicos... ..? Del partido liberal son los que han perecido así: hable si nó, la sombra de Ocampo cruel y lentamente asesinado. Se trata de haber sacrificado á los enemigos políticos y á los ciudadanos extranjeros de una manera salvaje, por la hora, por la precipitación, y sobre todo, por haber comprendido á los médicos en ejercicio de su sagrada é inviolable profesión.....? Tacubaya responde y el mundo entero sabe que en tan bárbara hecatombe, los liberales fueron las víctimas, los reaccionarios los verdugos. Se habla de la inmensa porción de territorio, cedida á los Estados Unidos, con que siempre han acusado gratuitamente á los liberales sus enemigos políticos, de estar ligados de una manera indigna de una Nación libre..... ? El responsable de tamaño delito ante el mundo es Santa-Ana, digna y neta encarnación del partido conservador.

Napoleón III, sin embargo, halagado con el hecho de que los Estados Unidos no podían distraer su atención de la guerra colosal intestina en que estaban empeñados, y abrigando la mezquina idea de que sin la ayuda de esta poderosa nación no podía México medir sus fuerzas con las suyas, se empeñó en la obra infame de establecer entre nosotros su dominación, sirviéndose como instrumento del desventurado Archiduque Maximiliano de Austria: nunca los déspotas acabarán de comprender lo que puede un pueblo que lucha por su soberanía! El Emperador de los franceses, léjos, pues, de obrar con la cordura de sus aliados, se aseguró de las posiciones que había ocupado bajo la salvaguardia de la buena fe, y á las cuales no le hubiera sido por cierto muy fácil llegar por la fuerza, como en términos claros y precisos lo dijo el General Prim, pocos meses después, en el Senado Español.

Lo que sucedió en nuestro país, después de rotos los preliminares de la Soledad, lo sabeis bien todos: es infame, ridículo y cruel, por parte de Napoleón III y de los desgraciados hijos de México que abrazaron su causa, criminales algunos.... ilusos los más.... noble, valiente y generoso por parte de los mexicanos de corazón; sobre todo por parte de Juárez, esa figura colosal que en honra y prez de nuestra querida República, descuella hoy á la altura de las más grandes celebridades del mundo antiguo y moderno. Esta página, que Napoleón en términos cabalísticos predijo al mundo, había de ser la más brillante de su reinado, está ya grabada en la historia con caracteres indelebles: comienza respecto de él con la escandalosa burla de tratados firmados por los representantes de su gobierno, y con su traidora ocupación de las

fortificaciones mexicanas, y concluye con el cobarde y miserable abandono del Archiduque Maximiliano: comienza respecto de México con las glorias inmarcesibles del 5 de Mayo, y concluye con la ejecución de la justicia nacional en Querétaro: justicia ejercida de una manera digna y valerosa: castigando á los culpables poderosos..! perdonando á los culpables desvalidos y desamparados!..

La parte que á nuestro modesto Yucatán cupo en esta epopeya gloriosa, tuvo, como desgraciadamente aconteció en los más Estados de la República, sombras y luz: tuvimos sí la desgracia excepcional de que la revolución que trajo consigo el germen de la causa extranjera, se lanzó á la lucha no contando en sus filas un solo soldado extraño á nuestro país, con el objeto ostensible de procurar un cambio de personas en la administración pública, é invocando los sentimientos nacionales y los principios de libertad: esta farisaica revolución triunfó en Julio de 1863; y triunfó, no porque á pesar de su fingido republicanismo hubiese sido popular, sino porque la mayor parte de los habitantes del Estado, no previendo más que un cambio de personas y con más ó menos motivos, no teniendo particular afección por las unas ó por las otras, fueron fríos é indiferentes espectadores de todo: lo mismo que á los buenos hijos de Yucatán, sucedió á los del vecino Estado de Campeche; y cuando todos se apercibieron de que lo que había pasado era algo más que un cambio de personas y quisieron ponerle remedio, ya era tarde.... .....!

CAPITULO XXIX.

CONTINUA EL ANTERIOR.

LA causa de Napoleón III, había logrado enseñorearse de la Península de Yucatán, como á aquella fecha estaba enseñoreada de una considerable parte de nuestra República, cuyo gobierno, ya en su época de desgracia, habíase visto forzado á abandonar la capital: la traición había consumado su obra, clavando hasta el puño su daga, en el seno de la madre patria.....! Esta fué la manera con que Yucatán quedó en manos del enemigo extranjero: y no titubeamos en asegurar, que si el venenoso reptil que nos amenazaba hubiese sacado á tiempo la cabeza del cieno en que se envolvía..... si los que incubaron en su cerebro la negra idea de la traición, la hubiesen dejado traslucir cuando se lanzaron á derrocar el gobierno existente, éste no hubiera caido tan fácilmente: nó y mil veces nó! Y á pesar de que aquellos hombres esperaron para arrojar la careta de republicanos encontrarse suficientemente asegurados en el poder, no presenció indiferente este hecho escandaloso nuestro país: los que estaban en Mérida el 24 de Enero de 1864, recordarán la excitación y desasociego que hubo en la Ciudad, y el hecho elocuente y nunca antes visto de que los empleados públicos, casi en su totalidad, abandonaron sus empleos instantáneamente. Hubo pues que buscar hombres *ad hoc* para formular aquellas célebres actas,